

Esto es lo que ha sucedido á las últimas generaciones de Italia; tal es lo que ha acontecido en todas épocas en que el espíritu de libertad corrompido en sus gérmenes, se ha desarrollado prematuramente en terrenos mal preparados al soplo de las revoluciones.

A cada una de esas grandes conmociones sociales, reaparece la fatal utopía, llevando en sus manos el clásico puñal de Aristogiton, y escoltada por el sofisma, siempre pronto á justificar el crimen.

En el siglo XIV, la reforma abrasa á la Europa, y mina la autoridad en su base: Jacobo, Clemente y Rabailac, no tardan en nacer, y Mariana escribe sobre la legitimidad del regicidio.

En el siglo XVI, el espíritu de rebelion sacude á la Inglaterra; su primera víctima es un rey asesinado jurídicamente por sus súbditos, y encuéntrase al punto un sofista de genio para justificar á Cromwell con el ejemplo de Bruto. Milton, el cantor inmortal de las rebeliones sobrehumanas, se encarniza contra la real víctima con el fanatismo pedantesco del sectario, y mil voces le responden: «matar á un rey no es asesinar.» (*Killing no murder.*)

Y la horrible tradicion se perpetúa de edad en edad. Dormida un momento bajo las grandezas soberanas de la autoridad régia, despiértase á medida que se debilita el respeto al monarca. El bárbaro aviso del cortaplumas de Damiens, espanta todavía á la Francia monárquica; pero en breve aparece la revolucion y con ella el asesinato; porque el cortaplumas de 21 de enero de 1793 no fue otra cosa que el viejo puñal de los regicidas.

¿Quién lo duda en la actualidad? ¿Quién lo dudaba entonces? El 10 de enero de 1793, un hombre honrado á quien Dios habia dado por hijo un sofista sanguinario, el padre de Camilo Desmoulins, escribia á su hijo: «Hijo mio: aun puedes immortalizarte, pero solo te queda un momento: tal es el consejo de un padre que te ama. Recústate para el juicio del rey: has denunciado á Luis XVI en muchos de tus escritos y no puedes juzgarle.»

Jueces y partes, los feroces ambiciosos que obtuvieron por terror una mayoría de algunos votos en el proceso de Luis XVI, no se hicieron ilusion por sí mismos. Parodiando la justicia, conocian que eran asesinos, y los mas osados publicaban en alta voz la doctrina infame, que se puede matar á un rey por el mero hecho de ser monarca.

Hé aquí, pues, fijada la filiacion, hé aquí redactada el acta de bautismo del regicidio. Desde entonces, en medio de la perpétua movilidad de las instituciones y de las creencias, ha formado secta el sofisma, y el asesinato de los reyes ha publicado los dogmas de su religion vergonzosa. Ayer mismo, gritaba un hombre:

«¿Necesítárase discutir por mas tiempo la legitimidad del regicidio? Supérfluo seria en la nacion de Carlos I. Nada tienen que decir de nuevo sobre esta cuestion los hijos de los que guillotinaron á un Capeto á los nietos de los verdugos de un Estuardo. (*Carta al Parlamento y á la prensa* por MM. Félix Pyat, Besson y Tallandier, leida en nom-

bre del *Comun revolucionario* en un meeting de Londres, el 24 de febrero de 1858.)

Cómo ha podido llegar el regicidio á este esceso de impudor, qué ejército ha podido reclutar en nuestras sociedades turbadas, tal es lo que importa decir antes de relatar su último crimen, el mas escandaloso, el mas infame, el que los corona á todos.

Después del gran atentado de 1793, siempre que se levanta sobre las ruinas de la sociedad francesa un poder fuerte, duradero, legítimo, se despierta el regicidio y hiere. Saciada de anarquía, se refugia la Francia en brazos de Bonaparte: el regicidio se inquieta con esta autoridad tutelar que renace y crece, y el 24 de diciembre de 1800 (3 nevoso, año 9) dirige contra el primer cónsul aquella máquina infernal que mata á ocho ciudadanos y hiere á veinte y cuatro, sin tocar al hombre de la Providencia.

Esta vez el regicidio va en progreso. Arroja el puñal y demanda al genio moderno mas terribles armas; no tiene ni aun el infame valor que ataca de frente y sacrifica la vida del asesino: no es ya el asesinato, sino la emboscada; no se cuentan ya las víctimas; se mata al acaso para matar sobre seguro y sin peligro.

Derribado el Imperio á los golpes de la Europa, le reemplaza la antigua monarquía, prometiendo la sucesion un nuevo porvenir de orden y de autoridad; mas el puñal de un fanático hiere á la sucesion.

Todo se derrumba otra vez, y de la eterna necesidad de conservacion nace una monarquía nueva; y el brazo del regicidio se levanta ocho veces contra ella para cartigarla por reanimar y mantener el Estado.

Pero detengámonos aquí un instante á contemplar el nuevo ejército de la conspiracion y del asesinato.

Este ejército formó sus primeros batallones en la antigua patria del puñal; habiéndose organizado la secta fatal, como sucede siempre, bajo la inspiracion de generosas quimeras.

Fundado desde luego en el reino de Nápoles, en odio á la ocupacion francesa, alentado un momento por la misma monarquía, el carbonarismo escribió al principio en su bandera esta noble palabra: Independencia. La rebelion italiana de 1821 le dió mártires, esos hijos heróicos é insensatos, algun tanto sobrado engrandecidos por sus padecimientos, los Silvio Pellicos, los Maroncellis, los Gonfalonieris, los Villas, los Adryanos, los Castillas, los Pallavicinos.

Estos al menos conspiraban, pero sabian arrojar si era necesario el puñal simbólico para tomar lealmente, locamente, el fusil ó la espada. Eran por su educacion verdaderos nietos de Bruto, y hubieran dicho con gusto, como dijo al morir á su confesor Pagolo Bosconi, ese camarada de Maquiavelo: quítame á Bruto de la cabeza: pero ellos no asesinaban. Querian bautizar á *ese pueblo que no tiene nombre*, como dice Manzoni, y creian que bastaba para este bautismo un poco de sangre. Tomaron la agitacion por la accion; justificados con sobrada frecuencia por la inquisicion brutal, por el espionaje sustituido al gobierno, por esas administraciones polizontes que comprimian las generaciones nacies bajo una cu-